

LADISLAO GRYCH

A VIVIR ENTRE LOS HERMANOS (11)

Agradecido a mis hermanos por su comprensión,
porque me han enseñado a vivir.

El capítulo 18 del Evangelio de san Mateo (18,15-22) me parece como un programa para una comunidad; en él, ya tengo marcado el camino y ahora, falta dejarme llevar por Viento del Señor.

El ensayo tiene grabadas muchas vivencias y su lugar preferido para poder escribirlo; es Cerro Convento, uno de los lugares de la Misión.

Pero, ante todo, están los hermanos de Viedma, y para ellos lo escribo; no los conozco y están en mis oraciones.

En fin, no logra realizarse ese encuentro con los neocatecúmenos de Viedma, pero queda el escrito.

PREFACIO

Se trata del compromiso ante el Señor: es que el Evangelio nos promueve en lo profundo del espíritu.

Al compartir la Palabra, aún nos preguntamos cómo vivir según el Evangelio; y si nos cuesta intuir adónde nos lleva Jesús, es porque no sabemos ver su Obra por medio de la Palabra del Señor, en el camino que Él nos ofrece.

El Camino que Jesús nos traza, respeta la lógica del Señor; al mismo tiempo, defendemos los proyectos humanos que tienen muy poco en común con el que viene del Señor; y si emitimos los juicios que tienen algún valor según nuestros criterios, sembramos la confusión. Son las expresiones que hasta parecen surgir del Evangelio; hay muchos actúan de ese modo, y someten el Evangelio a su juicio; no obstante, en esas circunstancias, la luz no se apaga y el Evangelio, en su pureza, rebrota en el mundo que desea inspirarse en el Señor.

Sarandí del Yi, 12 de noviembre de 1993

1. A VIVIR SEGÚN EL EVANGELIO

a. EL EVANGELIO Y LA VIDA

Propongo a compartir estas reflexiones sencillas en medio del movimiento que se caracteriza por su radical estilo de vida; es el que toma el Evangelio con seriedad, y trata de vivirlo de la mejor manera posible.

Muchos cristianos intentan vivir según el Evangelio, según como lo intuyen; es que habían analizado las sugerencias de Jesús; si hoy, ya no discuten con Él, es porque no lo enfrentan; pero eso no significa que desean cumplir al pie de la letra lo que Jesús les propone, ni que quieren vivir convencidos de que Él tiene razón en todo.

Ciertas tendencias tratan de acomodar el Mensaje de Jesús, como si Él debiese ajustarse a nuestro tiempo.

Pero, ¿no somos nosotros los que debemos hallarnos en medio del Mensaje?; si Jesús provoca reacciones, debemos analizar nuestras posturas; es que, de veras, corremos el riesgo de ajustar el Evangelio a nuestra realidad.

Las exigencias de Jesús parecen excesivas, porque somos muy pequeños frente a una gigantesca realidad. Si es que la Enseñanza de Jesús renace más allá de la comprensión humana, por el momento, nos supera y aún supera nuestras perspectivas; entonces no nos apuremos, a las expresiones de Jesús debemos darle su propio tiempo, al contemplarla en el silencio de nuestro corazón.

¿No es que el Evangelio supone la gran gracia del Señor?: por eso, está más allá de nuestras perspectivas; no se trata tan sólo de la autoridad que impondría las exigencias, sino más bien, de la Obra del Señor en medio de nosotros.

Jesús nos pide que dejemos nuestro modo de actuar, para

asumir lo que viene del los Cielos.

¿Por qué nos hemos distanciado de la gracia del Señor?
El hombre se fue lejos del Proyecto del Señor; si utiliza su gracia, no es para la Obra que el Señor quiere.
La mente y el corazón distorsionados, se comprometen en la realidad del mundo; al no tener claridad, la ven según su justicia, incluso luchan por ella, ponen en ella su corazón; y el hombre sigue, ¿hacia dónde?
No obstante, el camino del Señor está abierto; mientras la vida sigue desarrollándose, viene la nueva realidad.

Los que viven según su modo de ver, y no el del Señor, no se dan cuenta del error, y es difícil hablar con ellos; pero si alguien intentará convencerlos, es como si chocase contra la piedra; así van desgastándose, agotando la vida.
Y, ¿qué pasa cuando la vida llega a sus límites?
Aún, al llegar allí, no lo reconocen, ni quieren que alguien se los haga ver; así siguen por un tiempo, hasta una nueva crisis, aún más profunda.

Alguien puede hablar de la gente que sigue de ese modo, y no se da cuenta de ser uno de ellos; a la vez, los que nos ven, quieren ayudarnos, o nos acompañan en silencio.
En el mundo de la confusión, los ciegos tratan de ayudar a otros ciegos; así nos llevamos mutuamente, y tropezamos en los pozos llenos de agua sucia, que no es para refrescar las caras, sino para hundirnos más aún; así es la vida.

En el camino, nos apoyamos mutuamente, es propio de las existencias, poder brindarnos a los demás, si tenemos para dar; pero, ¿qué es lo que damos?
En fin, expresamos lo que somos, y los gestos toman giros del espíritu que se expande; y aún, cuando nos parece que transmitimos lo que hemos aprendido, entregamos lo que

somos en nuestro interior.

Entonces, ¿qué es lo que transmitimos?

Es nuestra duda, aún sin querer transmitirla; es la ansiedad que se nos escapa y toma distintas formas; los miedos y las culpas que se abren como ondas muy fuertes.

Y si lo vemos, no es para asustarnos ni que nos separemos de los demás; es tampoco para juzgarnos, sino que nos presentemos ante el Señor con lo que somos.

A la vez, al ser sensibles, recibimos de los demás lo que nace en la profundidad de su vida; en estas circunstancias, tratamos de enfrentarnos en el tiempo del Señor.

b. LA LIBERTAD INTERIOR

La vida es como estar en dos partes, como si se nutriese en dos corrientes: una es la interior que se expresa con cierta espontaneidad; otra habla del compromiso, también, de las exigencias, normas y leyes.

Aún pregunto: ¿Jesús está contra la ley?

Creo que no; y Él no quiere derrumbarla.

Quien supone que Jesús está contra las normas, hace mal a su Mensaje. A ese error lo cometan aquellos que se rebelan contra toda clase de exigencias que surgen de la sociedad o de la religión; es que de repente, llegan a cierto caos, pues se quedan, en algún sentido, desprotegidos de la ley.

Aquellos que actúan apresurados contra la ley, se hallan en medio de las actitudes que son parte de la esclavitud.

Al desligarse de la ley, se entregan a sus convicciones; los vemos actuar en medio de sus confusiones; pero si querían desprendérse de las exigencias, se guían por las normas que los esclavizan.

Pues, las leyes existen, para caminar por la tierra.

Ante la perspectiva espiritual, Jesús dice que una coma de la Ley debe cumplirse; al mismo tiempo, Jesús construye sobre el espíritu, el amor y la paz, que rigen la vida. Es que las normas se expresan, mientras el sostén viene del espíritu y del amor, de la paz y la comprensión.

En algún momento, Jesús habla de la libertad interior, que está más allá de la opresión; pero la libertad es más visible, cuando vence la opresión.

Pero, ¿quién es libre?; en muchos de los casos es como un sueño, un modo de hablar como el del niño, sobre lo que intuye; y el niño suele soñar mucho.

Un pájaro entró por una ventana casi cerrada; era pequeño.
¿Por qué entró, ese día nublado, de mañana?
Es que empezó a lloviznar y buscó un refugio,
Sí, quería protegerse contra el frío y la llovizna.

Pronto empezó la guerra; no fue el espacio que él buscaba, y quería salir cuanto antes; entonces, con su pico clavado en el vidrio seguía luchando; como se agitaba, descansaba por un rato, y luego volvía a luchar, porque se veía extraño en ese sitio.

¿Hasta cuándo va a golpear?
Es que no tiene comida ni el espacio que él busca.
¿Hasta cuándo seguirá luchando?
Entonces, ¿por qué entró por ese pequeño espacio?
Al oír la voz de su compañera que lo alentaba, quería salir; pero no hallaba solución; y si lograse ver el espacio por donde había entrado, sería como un milagro.

Volví a ver lo que pasaba con él; es que no quise que se quedase aquí; y me alegré, al ver que no estaba.
¿Cómo halló la salida?

¿Es una casualidad o algo más?
Pregunto por mí, y lUCHO en el camino donde transito.

Aún sigo con mis preguntas; y escucho otro pájaro.
No es tan lindo; golpea del otro lado del vidrio.
Me asusta; creo que alguien me llama la atención.
Sigo con lo mío; no sé si es mi camino; tampoco sé si voy
a ver por donde entré, a pesar de que razono.
¿Cómo salgo, mientras uso mi razonamiento?
¿No será que precise de Alguien, que venga a buscarme, y
que me encuentre y me haga salir?
¿No necesito de Jesús, si es que sigo buscando la salida?
¿Y si soy un pobre pájaro que quiere quedarse aquí?

c. A LA LUZ DEL SEÑOR

Con frecuencia, caminamos a oscuras aún sin recorrer bien
nuestro camino, perdidos en medio de la noche.
Buscamos casi a tientas; si sabemos adónde llegar, es más
fácil perseverar, si no nos invade la desesperación.
A veces, es bueno ver que hemos perdido el rumbo; puede
ocurrir que lo vayamos errando, pero al perder el sendero,
no tomamos conciencia de lo que nos pasa.

No obstante, el Evangelio nos exige más aún; no significa
que haya que dejar nuestras actitudes ni la realidad de cada
día; y si en algunos casos, Jesús propone a sus seguidores
dejar su vida anterior, en otros, habría que cumplirla con
un nuevo espíritu; es que todo llevará su tiempo, hasta que
las tareas de entrega hallen su verdadera dimensión.

¿Por qué decimos que aún no vemos?
No se trata de una visión humana, sino de la del Señor.
La podemos intuir a cada instante en el Evangelio, pues se
refleja en todas las discusiones con los fariseos y también,

cuando Jesús aclara a sus discípulos.

Ellos crecen en medio de la nueva visión; pero necesitan un tiempo hasta que empiecen a mirar la realidad humana con los ojos del Señor. Y cuando logran verlo, Jesús se va, y ellos transmiten esa visión a los hermanos que, algún día, se harán discípulos de Jesús.

Debemos mirar la realidad con los ojos del Señor; y si digo mirarla, aún la veo en cada actitud, porque quien ve bien, a la vez, actúa bien.

En la visión de Jesús surge la fuerza para actuar, pues ver es promover la vida, es despertar a la persona hasta que se abra plenamente.

Según Jesús, debemos ver y actuar; las dos vivencias están en el mismo nivel, pues el Señor ve lo que se realiza, aún, si el tiempo y la realidad se postergan.

El Evangelio habla de la vida reencontrada, pues el Señor está presente en todas sus partes.

¡Qué grande es su luz que ilumina el corazón, para poder despertarlo en plena noche, y que resurja, que comience a luchar! Es la luz del nacimiento de Jesús en nuestra vida.

d. ÉL ES LA RAÍZ DE LA VIDA

Si quisiera describir de algún modo, el Mensaje de Jesús, es el Gran Proyecto para que la vida descubra al Señor más hondamente que pueda; y que Él se haga el centro y el fundamento de la realidad.

Si el Señor sostiene la vida, la misma empieza a resurgir, a tomar formas armoniosas, como Él desea que se exprese, mientras contempla su propio crecimiento.

Quiero mirar una planta, un tilo, un roble.

¡Cuánta armonía en cada movimiento y cuánta proyección,

mientras se respetan las leyes de la vida y los tiempos!
Si pienso en mí, aún no sé si todo es del mismo modo; me
parece que mi vida queda desequilibrada.
Veo en mí, un árbol como cortado por el medio, si aún no
está caído, si tiene sus raíces en la tierra...
No sé si esta tierra puede llamarse del Señor.

Hago la comparación para ver qué lejos estoy del Proyecto
del Señor; es que mis acontecimientos forjan una imagen
que es ajena a lo que Él quiere.

Y si estoy lejos, ¿es para desesperarme, para ver que he
fracasado, o para dejar mi vida en las manos de Jesús, que
Él inicie la reconstrucción, más allá de mis ideales y mis
pensamientos?

Viene la lucha por la identidad; y si la vivimos, es porque
tenemos nuestro camino y la manera de ver, ¿quién no lo
sabe?; quizás, quisiésemos mostrar a Jesús, el camino por
donde pudiera llevarnos, según nuestro modo de ver; pero
al limitarlo, sólo en pequeña parte percibimos su obra muy
deformada por nosotros; entonces, aún vivimos sin vernos
realizados ni felices.

Hay que arriesgar y dejar todo al Señor, casi a ciegas.
Y como es difícil, para muchos es casi imposible; entonces
seguimos hasta el fin, en un camino confuso, triste, apenas
realizándonos.

Y cuando ya no podemos luchar más, le entregamos todo
según nuestra capacidad, mientras la gracia nos sostiene.

¿Nos acepta Jesús?

Seguramente sí; pues, si no nos aceptase, no nos salvaría.

Entonces, ya no hay condiciones de nuestra parte.

¿Qué condición podría poner un vencido?

Como fracasa nuestro proyecto, aún empezamos a buscar
la obra del Señor; es la que estaba confundida con nuestro

modo de ver, asumida por nuestro yo; y aún, la veíamos como nuestra obra, surgía por nuestros méritos; así es el hombre que no sabe rendirse ni lo quiere hacer.

La vida debe pasar por humillaciones y crisis; no obstante, todo está previsto por el Señor.

Es la hora para ver qué grande es la obra de Jesús.

El Evangelio nos da las imágenes que comprobamos en la vida; pero si no lo lográsemos, ¿para qué serviría la lectura de la Palabra?; ¿sólo para analizarla humanamente?

Mientras tanto, la vida ofrece nuevas realidades; el cambio que viene del Señor es más grande de lo que vemos; y es cuando el interior resurge, asumido por el Señor como su propia Vida.

2. LA CORRECCIÓN FRATERNA

a. JESÚS ME PIDE

Jesús me pide que corrija a mi hermano.

¿Quién soy yo, en qué lugar me pone Jesús?

¿No es demasiado alto para mí?

Como Él me pide, no puedo negarle.

Sería fácil quedarme indiferente e insensible, más cómodo para mí, lo sé.

Muchas veces, Jesús me hizo pensar en mi hermano.

¿Acaso tengo un hermano más?

Si Jesús me lo hace ver, no puedo ser indiferente.

En mi corazón, me hace sentir su realidad.

Es mi hermano, no puedo abandonarlo.

Y si Jesús me reclama, no es sólo para cumplir con Él.

Hace tiempo que mi hermano está mal.

Miro a su rostro que esconde cosas; no quiere expresarlas.

Sin embargo, no puede ocultar lo que vive.

Mi hermano aún se sostiene; quiere cantar y reír en medio de su llanto que crece como un río, y desborda.

Antes no lo veía, hoy sí lo veo.

Tengo a mi hermano que está muy mal.

Pienso en él, lo sufro.

A veces oro por él; no sé si él lo sabe.

Es cierto que él está cada vez más conmigo, pues pienso en él, camino con él.

Y si oro, él también, está ante mi Señor.

¡Quisiése estar con mi hermano, y que viniese a mi casa!

A medida que sigo orando, mi hermano está cerca de mí.

Siento su corazón, su dolor; hay muchas cosas que pesan.

Mi corazón vibra, al sentir sus guerras.
Nada es ajeno de lo que le pasa.
Aún guardo un profundo respeto por él.

Cada vez que pienso en él, lo respeto aún más.
Es como si su crisis lo acercase a mi corazón.
No miro su cara ni la sonrisa que finge, sino su interior.
Entro en su corazón que también siente y vibra.
¿Sabrá mi hermano que lo quiero, así como es?
¿Que sus cosas no lo impiden, al contrario, las mismas me
hacen entrar más aún, en su corazón que también quiere?
¿Sabrá mi hermano que lo amo?

Varias veces lo saludé.
Aún, pasaban otros y se saludaban.
No sé si él se dio cuenta de que lo consideré hermano; es
que mi saludo quiso ser otro; mi corazón quería entrar...
No sé si mi hermano lo comprendía; y si no lo sabe hoy,
algún día lo verá, si el Señor quiere.
Sentí que hubo algo que lo promovía y lo detenía.
¿Qué es lo que presentía en su interior?
Tan sólo lo miré, con mi corazón que no se escondía, y lo
amaba de veras.

Pasan días, muchos días, mi corazón sigue amando.
Es como si sus cosas, que le pasan, no me interesasen.
No es que no me importen; su realidad me debe importar,
pero no me impide llegar a su corazón.
Si en alguna vez, me perturbaba, hoy, sé amar más aún.
No sé si mi hermano siente que su vida no me confunde, al
contrario, lo quiero más aún.
Algún día, lo verá, y será una sorpresa para él.

¿Por qué digo sorpresa?
Porque él cree otra cosa, y su vida lo condiciona.

De hecho, tiene motivos para pensar así.
Ya había muchos que se lo hicieron ver, lo fijaron con sus miradas, por la manera de pensar en su vida.
A todo eso, él enfrentaba para aprender a vivir sonriendo; y no es que esté bien; por lo menos sobrevive; ha llegado a pensar que todos son iguales.
Ya no espera más ni puede esperar de otros; le parece que así debe ser, y él se lo merece; entonces, ¿qué le queda?
Aún, pone la cara de cera ante aquellos que lo saludan; una sonrisa hueca sin dar importancia; es que vive como puede lograrlo.

De todos modos, se sorprendió; y en el mundo de sonrisas vacías, encontró a alguien que le hizo pensar; cuando tenía todo resuelto, parece que la vida no está resuelta.
¿Por qué me ama, por qué me mira de otra manera?
¿Qué ve en mí, si es que me quiere?
¿Me conoce como soy o se ilusiona?
No puede ser que me quiera, si mi vida no se lo merece.
¿Qué ve en mí, por qué me mira?

Me convencí de que debía hablar con mi hermano.
Ya hacía tiempo que lo pensaba; y las cosas llegan.
Si uno piensa en ellas, aún deben realizarse.
No sé qué espera él; sé que está ansioso e inquieto.
¿Me entiende por qué deseo estar con él?
Es porque lo quiero y es justo que estemos juntos.
Está inquieto como esperando; y tan sólo vengo a estar con él; pero no hablamos de lo que le preocupa.
Quizás se sorprende, se pregunta; pero no es la hora ni la necesidad; por lo menos, ahora, no tengo esa intención.
Y si él comienza a hablar, por algo lo hace.

b. UNA MIRADA PROFUNDA

¿Qué es comprender de veras?

Es hallar luz para los acontecimientos.

No es sencillo; y lleva mucho tiempo, mientras caminamos casi a tientas, buscando las razones, porque todo las tiene.

Ninguna debilidad del hombre viene por tan sólo venir, ni está aislada del contexto de la vida.

Pero, ¿quién lo ve?; y si no lo ve, ¿cómo actúa?

Si no juzga, ¿qué otra cosa puede hacer?

Si se calla, ¿qué le queda en lo más hondo de su corazón?

La comprensión crece en la medida en que vamos entrando en la debilidad, para poder alcanzar las raíces de la misma; de este modo, la vida se abre aún con sus debilidades.

No es que busquemos el factor psicológico, sino más bien, intentamos llegar hasta el espíritu; es que todo nace en el interior; allí, nace y crece la debilidad; y si viene de afuera, va prendiendo allí hasta arraigarse; aún soporta ese tiempo, y luego crece.

Alguien podría preguntar por el respeto a la persona, si esa búsqueda no estaría contra los principios; pues sería como ir entrando en la vida ajena; pero aún más conflictiva sería la indiferencia o tratar de ver la vida por la parte exterior, como si estuviese sin el espíritu; aún peor, si la juzgamos, castigamos y rechazamos.

La indiferencia y el rechazo corren en el mismo carril.

Aún, depende de las intenciones, y del modo de sentir; si es una mirada de paz, con amor...

Quien tiene paz, llega más hondamente.

Quien ama, llega a la profundidad de manera, que no da motivos para perturbar.

Si al principio, inquieta, pronto la paz calma; y no molesta

la mirada del hermano, sino se la siente como una ayuda. La paz y el amor envuelven la vida en sus cimientos; pero sin ellos, mirar el interior es como cortar sin anestesia, sin posibilidades de sanar las heridas.

La plena comprensión es para aquellos que ya saben mirar, mientras lo viven en su corazón.

Alguien podría llamarla como intuición; otros hablan de la visión que nace en el interior; es que miran y ven, sin que lo busquen ver con ansiedad; aún, es un modo de vivir en medio del mundo que huye de la mirada interior, porque no logra ver con el amor y la paz.

Jesús, con su mirada profunda, hace ver todas las cosas; lo hace con calma y paz, con amor y esperanza.

Los que están con Él, saben que lee bien los corazones, y a muchos de ellos, no les molesta, lo ven para el bien.

Sí despierta ciertas sensaciones, es porque son necesarias para poder vivir el cambio; los que antes no tenían fuerza, ahora sí, la presienten en su interior.

Jesús, con su gran amor, alimenta las pequeñas fuerzas del hombre; le hace ver su realidad, para poder comprenderla en la profundidad de su vida; aún, le habla de las vivencias que faltan en su corazón.

Y los que lo escuchan, lo comprenden; si el corazón asume lo que le viene de Jesús, aún se abre de un nuevo modo; y mientras tanto, la debilidad se derrumba en medio de la Gracia del Señor.

En fin, en los cimientos de la paz y del amor está el Señor; y el hermano, más allá de la comprensión, recibe Vida que se expresa como una realidad diferente.

Ahora, en lo profundo de la debilidad, resurge la sed del Señor; y mientras Él nos llena, todo se calma.

¿Cómo, cuándo?
Pero, si el Señor obra, ojalá, el hombre lo vea.

El hombre se defiende contra la comprensión del Señor.
Cuando se confunde en medio de sus resentimientos, suele encontrar sus razones para seguir casi a la destrucción; por eso, le brindamos paz y amor, y aún para poder ayudarle, debemos ver más de lo que él ve.
Hay que comprender su defensa, cuando él ve otra cosa.

Cuando justifica su propia debilidad, es porque ha agotado su esperanza, y ya no lucha ni cree en el cambio; se queda en medio de su fracaso o confunde su vida con una sonrisa forzada; con frecuencia, se pone insensible frente a lo que piensa la gente, mientras aún busca cómo sobrevivir.
Ya no le quedaría otra cosa que desesperarse; no obstante, vendría la hora del cambio; y hay que estar atento.

Hay que ver los esfuerzos, el llanto del hermano, los pasos forzados para poder caminar, la guerra y el dolor; hay que ver eso, es parte de la comprensión.
Y se lo hacemos ver al hermano, para que la reconciliación sea plena y que la vida se encuentre; para poder luchar por un resurgimiento aún en medio de la oscuridad.

c. DESDE MI VIDA COMPRENDIDA

La comprensión se inicia en nosotros mismos; ante todo, es la que nace en nuestro corazón.
El nacimiento es doloroso, y nos abre a la vida; quien no lo entiende, no llega lejos.
Nos quedamos sin palabra, cuando logramos ver que, al no comprendernos, no podemos comprender a los demás.
Los que dicen otra cosa, sólo la dicen y, a veces, saben que se engañan.

¿Cuánto tiempo lleva la comprensión?

Toda la vida; hablamos del camino que no termina, que se abre poco a poco, va creciendo, sorprende a cada instante.

Es que voy sorprendiéndome; y lo que ayer me pareció que comprendía, lo veo de otra manera.

En la profundidad de mi ser, una luz proyecta mi mirada; y me pregunto: ¿cómo puede ser que recién ahora lo veo?

Pasé mucho tiempo, hasta que encontré el gusto por verme a mí mismo, porque estuve muy lejos de mí.

Si me pregunto por qué, no lo sé; pero la gracia del Señor cambió mi vida; en fin, llegó la hora para empezar.

Al principio, estuve en mi interior como el que camina por una calle llena de barro; no fue fácil caminar ni mirarme.

No obstante, sentí cierta atracción y una necesidad; así que comencé a dedicarme para ver mi realidad.

Fue el comienzo; hubo quien me llevaba; no pude caminar solo ni quise golpearme; a esa edad, los golpes son duros.

¿Quién me sostenía en esa hora?

Necesitaba sentir a alguien para poder caminar, porque mis pies fueron menos que un barro.

Estuve temblando por dentro de mí; ¿quién me sostenía?

Debí hacer el paso en mí; si no lo hiciese, ¿cómo construir el futuro, cuando el barro brota en los cimientos de mi casa?

La paz me envolvía con la ternura.

Me costaba comprenderlo, no sabía cómo ni de dónde.

Pues fue un clima nuevo en mi vida; y sin esa sensación, ¿quién pudiese caminar en medio de una vida tan oscura?

Yo podía caminar, detenerme, mirar mi podredumbre con respeto, hasta sentir el olor; es que debía ser así.

El Señor me hacía ver mi realidad, yo seguía hablando de mí; a la vez, su paz llegaba y su amor me inundaba.
Mi vida se hacía un torbellino por donde todo afloraba; de repente, podía ver muchas cosas, el dolor y el miedo.
Él me hacía ver mi vida con respeto, no me reprochaba.
¿Para qué reprochar, para qué sirviera?

La realidad fue como el fruto de mi desorden interior; y yo fui construyendo sobre mi debilidad.
Entonces, ¿qué clase de construcción podría ser yo?
Mi vida se levantaba, se derrumbaba, y yo iba levantando otras cosas en medio de los derrumbes.
Ahora, todo parece extraño; no lo veía ni lo comprendía; pero tenía mis razones, mis proyectos que valían.
Si bien, se caían mis proyectos, ya encontraba los nuevos, es que quise olvidar cuanto antes, mi pasado.

No puedo vivir en paz, mientras el pasado rebrota en mí.
Se viene sin buscarlo ni llamarlo; si intento seguir por otro camino, me sale al encuentro; si proyecto lo nuevo, entra aún más escondido.
Muchas veces, intenté una vida feliz; aún quise borrar el pasado de mi corazón y de mi mente; no obstante, no supe hacerlo.
Ahora, me acepto vencido; pero no quiero vivirlo solo.
Entonces, me dejo envolver bien con la paz y la ternura del Señor, para ver mi realidad.

Me dejo mirar con su luz; solo no puedo verme.
Su luz es muy extraña, con esa paz y ese silencio.
¿Es posible que alguien me mire de este modo?
Antes, me miraban con desprecio, aún con juicios.
Ahora, siento su mirada distinta; ¿por qué?; no lo sé.
¿Es cierto lo que veo, lo que siento?

Nadie me miraba como Él, con amor, ternura y paz.
Son los sentimientos que penetran mi vida, se mezclan con mis vivencias.
Mi corazón se commueve, mi mente se confunde.
¿Adónde me llevas, Señor?
Por hoy, estoy confundido; pero se despierta todo mi ser.
¿Por dónde me llevarás?; no lo sé.

Hasta tengo miedo de mí.
Si todo se despierta, ¿adónde llegaré?
Despertaste, Señor, mis sentimientos en esta hora; ¿y por qué lo hiciste?; me parecía que estuve bien.
Pero si no sentía, casi no vivía; hoy, es otra cosa.
No obstante, tengo miedo.
¿Adónde me llevará lo que siento, lo que vivo?
Y tú no dices nada, ¿por qué no dices?
¿Quién lo comprende?; no lo comprendo.

Sólo siento tu mirada llena de paz y de amor.
En medio de mis líos, tu amor me despierta.
A la vez, despierta mis guerras que aún duermen en mí.
Hay dolor en ellas, y tú las sigues mirando.
¡Sabrás por qué estoy pasando todo eso!
Y yo estoy con mis guerras; parece que no hay nada nuevo en ellas; y sólo es que tú las provocaste.
Pero también, las removió tu Vida que sembraste en mí.

Y por mucho tiempo no comprendía nada; sólo viví lo que pasaba por mi corazón en esos días largos.
Busqué tu presencia, Señor; a veces, me desesperaba, pero la claridad vino después de las tormentas, no antes.
Entonces, iba viendo lo que me hacías ver, hasta pude ver mejor mi debilidad.
Me hiciste ver las cosas que venían desde ti, Señor.

Muchas vivencias aún no están resueltas, y no me apuro en juzgarme; me doy el tiempo hasta que venga tu luz, pues cuando la luz llegue, las veré comprendidas.

En fin, hallaré la nueva Vida aún en medio de mi debilidad llena de dolor; el Señor me transforma y la vida recupera su sentido.

Miro mi vida con respeto; quiero verla como el Señor me ve; aún me falta, y por eso, no la comprendo, pero no la juzgo; mañana, la veré mejor.

Será un nuevo crecimiento, una nueva gracia.

Espero al Señor en medio de mi debilidad, mientras Él la transforma y me hace revivir; siempre espero al Señor.

Ya no me desespero para comprender mi vida.

Por hoy, sé recibir los pedazos de tú comprensión, Señor, y con eso me basta, para dejar todo en tus manos.

Así, puedes vencer cada debilidad mía, y la transformas en tu Vida aún más grande.

No quiero juzgarme más, no me condeno.

No es justo que lo haga y tú no lo quieras, Señor.

d. LA PAZ Y LA TERNURA QUE VIENEN DE JESÚS

Tú, Señor, eres la Paz y la Ternura, que pasan por mi vida para poder alcanzar a mis hermanos, en el sendero por donde caminas y donde están ellos.

Si tienes mil modos para compartir con ellos, es tu camino preferido; de esta manera, tu Presencia es más clara.

Casi siempre, los que hablan de la experiencia del Señor en sus vidas, recuerdan a los hermanos que fueron para ellos, como puentes de la gracia encontrada.

Podría dar muchos ejemplos de los que llegaron a Jesús, porque han encontrado a los hermanos que los llevaron

hacia Él; y ellos aún en medio de su pobreza, sabían conducir a Jesús, a su Paz y su Ternura.

Si hoy lo ven y lo viven, son testigos para otros hermanos.

La paz, si es plena de ternura, de Jesús, penetra el corazón enfermo, lleno de dolor y de angustia.

No conoce barreras que pudiesen frenarlo; es muy fuerte.

Entonces, me dejó llevar por Jesús; deseo llegar donde Él llega, a la profundidad.

Quisiérase estar en el corazón de mi hermano, aún con Jesús a quien llevo; no como un ladrón que sólo atropella, sino sencillamente entrar.

¿Qué es estar en el corazón del hermano?

Es vivir entrañablemente su realidad; a la vez, es estar con Jesús, mientras la paz y el amor envuelven a la vida que se hace distinta.

Muchos de nosotros estamos lejos de esa vivencia, por eso juzgamos; y si no lo hacemos, es por Jesús que reclama no juzgar; pero igual, estamos en algún juicio que humilla y castiga.

La verdadera comprensión pone la vida ante del Señor.

Si lleva a la reconciliación, está más allá de la culpa, del error, del miedo y de la pena, por la Gracia que el Señor siembra en el camino que es largo.

La gracia nos permite ver la vida más allá del juicio.

El cristiano reconciliado no huye del juicio, sino lo supera, pues el Señor transformó su realidad con su nueva luz, y le hizo ver el crecimiento en medio de la pobreza humana.

Los que están en el camino y ven a Jesús en sus vidas, los que hallan su Paz y su Amor, pueden salir en su Nombre para salvar a los hermanos.

Su actitud es como la del espejo, su paso proyecta nuevas

perspectivas en la vida de los hermanos.

Aún puede sorprender el silencio, la palabra que no juzga, la serenidad frente a los problemas, el modo de mirar que no despierta vergüenza ni miedos.

Eso puede llevar a la confianza y la apertura; ya no somos sólo nosotros que venimos para decirles.

El hermano se abre, si es que lo siente así; es la hora para él, y podría ser más temprana de la que nos imaginamos, y de la que él piensa; es que la paz y el amor hacen milagros.

Salimos al encuentro, porque sentimos la necesidad; es la actitud de un corazón inspirado por el Señor.

Ni siquiera tenemos discursos preparados; con sólo estar y sentir, y amar, el Señor obra.

Hay que brindarse al hermano, que todo sea del Señor; y si el hermano ve nuestra ayuda, que descubra a Jesús.

A la plena comprensión la vamos adquiriendo por la luz del Señor; está más allá de los juicios del ambiente y de lo cree y piensa el hermano que se juzga.

Si aún dice que no se condena, es que se pone insensible ante sus juicios que fueron muy duros.

Mi hermano debía hallar algún modo, para poder llevar su realidad que le costó mucho; hoy parece que no le importa, pues toma las posturas por encima de sus guerras que lo carcomen; pero como vienen la paz, el amor y la luz, su interior sigue volviendo; por eso, se asusta de sus nuevas guerras.

Él huye de los encuentros, de la mirada que le llega, de la transparencia; le cuesta enfrentarse consigo mismo.

No obstante, sigue buscando y la mirada lo atrae.

Si está huyendo, a la vez, se detiene con dolor y angustia, por más que fuese sólo por instantes.

Mientras tanto, estamos de parte del Señor; y llegan esos

momentos de luz, en la vida que se abre en sus grietas; y aún se abre si la máscara parece perfecta.

Pero no hay máscaras perfectas ni pueden serlo, porque el Señor quiere salvarnos; entonces, el interior se despierta en los momentos menos esperados.

Hay que entender al hermano, mientras todo le llega.

El hombre que parece libre, lleva su vida lejos, guardando el dolor, la culpa, haciéndose casi insensible.

Pero igual presiente su propio interior; y si resolviese su lucha, llegaría a los cambios, a la libertad interior.

Si no lo ve ni lo comprende hoy, mañana, su vida se va a ir hallando en medio de la paz y del amor de Jesús.

Aún, hallará luz para presentir lo nuevo; si la lucha lleva mucho tiempo, en ese tiempo, vendrá la gracia del Señor.

¿Cuánto tiempo acompañar al hermano para escucharlo?

Sólo el Señor lo sabe, pues algún día, escucharé el llanto y la rebeldía del hermano; oiré sus palabras casi sin sentido, su modo de ver que tiene justificaciones por las crisis que sigue viviendo.

Debo ver su incomprendión, su manera de juzgar, a la vez, estar para ver cómo el Señor obra en su vida, momento tras momento; por ahora, con la paz y el respeto que el Señor ha sembrado en mí; y es lo que llevo para mi hermano.

No sé cuánto tiempo, ni cuántas cosas ni hechos.

El Señor tiene su modo, sólo le debo mi presencia; pues el cambio nace en el interior, donde se anidan la luz y la paz. Muchas veces, mi hermano había intentado superarse, pero quedaba vencido una vez más; si hoy no lucha, es porque no tiene fuerza y aún dice que no le importa.

Su vida se fue lejos; entonces, ¿cuánto tiempo necesita hasta que se renueve su corazón?

¡Cuánta fuerza, para liberarse de la triste realidad!
Como la oscuridad y la confusión lo inundan, las fuerzas
del Señor aún son escasas.
Si bien, algún día, el hermano abandona su actitud, vive
por un tiempo la noche, hasta que la gracia se afiance en su
corazón, mientras sufra su tormenta.
Por eso, me necesita que esté con él, que no lo juzgue; que
sea misericordioso cuando flaqueen las fuerzas.

3. LA ORACIÓN EN COMÚN

a. LA PALABRA QUE NACE

El diálogo empieza con el primer intento, es como forzar la palabra que no nace, aún, con mucho miedo de que no se corte la comunicación.

Alguna vez, nos quedamos sin saber qué decir, quizás, sin querer hablar; pero las circunstancias nos comprometen para seguir la comunicación.

¿Por qué nos cuesta?

Es que no hay cosas en común que pudiésemos compartir; así hablamos del tiempo, de la política, de los accidentes y los asaltos; luego, nos retiramos, y si nos encontramos con alguien en el camino, le decimos lo mismo.

Quizás, sería mejor no hablar; sin embargo, aún en esos diálogos se puede intuir algo más.

Hay palabras sueltan que nos aburren y cofunden; son las que el mundo tira como las pelotas en el aire; pues, quien deja que la pelota caiga, ése pierde; entonces, hay que empujarla arriba y más lejos aún.

¡Cuántas palabras decimos sólo para decirlas!

Y cuando debemos hablar en serio, no las tenemos; no sale ni una de nuestro corazón.

¿El hombre llegará a oír su corazón, para poder expresar lo que vive, al poder compartir un lenguaje que hable por sí mismo?

A veces, no se atreve a hacerlo; pero aún en el desorden de la palabra, viene lo que resurge de su interior; porque el hombre habla aún, cuando no quiere hacerlo; hay que estar atento para poder escucharlo en medio del lenguaje que no nace en el corazón; aún allí, hay vivencias que vienen del

interior, y las palabras hablan del corazón perdido.

Es bueno analizar las expresiones que llevan la vida; aún si intentamos poner una cara diferente de lo que somos, alguna cosa trasciende por algún lado; aún, cuando hablamos del tiempo, de la lluvia.

La palabra lleva el dolor, los sentimientos que confunden, emana las vivencias; y no importa qué palabra sea; es que aún, así es portadora de nuestro ser.

La palabra trasciende el interior que se abre tras ella.

Se muestra el espíritu, a veces, muy pobre, desgastado por la realidad; y puede ser que exprese la riqueza, la vida.

Si el espíritu es pobre, igual guarda su poder; algún día, hallará lo que busca, se nutrirá en la Fuente.

El diálogo tiende a la comunicación que surge desde el espíritu; une a los seres que no sólo se miran por la piel; si hoy, no lo viven, es porque la vida se ha distorsionado; sin embargo, no es esa vida que busca el hombre.

Hablamos de un diálogo formal, impersonal; y no es lo que buscamos ni lo que debe ser; por eso, el hombre se cansa, si dialoga artificialmente.

En la medida en que empezamos a experimentar la palabra que nace en el espíritu, que es sincera y lleva la pureza del corazón, la transparencia comienza a abrir las puertas en el corazón del hermano; pues, su vida empieza a vibrar de un modo distinto, a veces, sin saber por qué, a expresarse por lo que le llega profundamente; es como el corazón de Nicodemo, que se abre ante Jesús.

A esa experiencia de la palabra, la ven aquellos que hablan promovidos por el Espíritu; ellos llegan a cada instante a los corazones; y los que la reciben, una vez, se rebelan y se

encierran más aún, otras veces, se dejan llevar por una gran fuerza, por lo propio de la vida del corazón, para poder encontrarse con lo que quedaba perdido.

Se dejan reflejar con la luz de la palabra que les llega, y se permiten ver con una ternura plena de paz, a pesar de que se van a despertar las guerras que, por ahora, no se las ven.

¿Por qué digo guerras?; la vida se enfrenta en el espíritu, y crece aún en medio de las confusiones e inseguridades; y lo nuevo es aún débil ante una vida establecida, que no tiene mucho que ver con el Señor.

Jesús, con su palabra y su mirada plena de vida, llega a ese corazón que le responde instintivamente, promovido por la inspiración que genera nuevas inspiraciones en el hombre tocado por el Señor. De este modo, Jesús salva la vida que busca cómo resurgir, mientras halla fuerzas para hacerlo.

b. UN HILO QUE NOS UNE

En la profundidad de la vida, se funda el principio de la comunicación con el Señor; si por un tiempo, lo buscamos lejos de nuestro espíritu y nos conformamos con Alguien que, por lo menos, esté a nuestro lado, a Quien queremos ver en persona, el encuentro debe transformarse en un hilo de luz que comunica al espíritu con el Señor. Y mientras luchamos por esa vivencia, algún día nos encontramos con la gran sorpresa, al poder ver que la vida interiormente está unida a Él.

El hombre que descuida su unión con el Señor, es como si se olvidase de su raíz, como si perdiese el aire.

Pero, ¿cómo vuelve al Señor, en nuestra vida?

Es que la existencia que nos conduce por sí misma; el ser humano vibra porque ya está vigente la Palabra del Padre,

aún plena del Espíritu; es la que sostiene la vida y la impulsa en lo más profundo de nuestro ser.

En la Palabra está el proyecto, la inspiración y la vida que sólo hay que encontrar; por eso, Jesús habla del tesoro que vale mucho más que otras tenencias.

El hombre vuelve a su interior, para hallarse con el Señor; ese hombre aún, como el niño entre los juguetes que lo distraen, llega a su interior para hallarse consigo mismo.

La actitud de Jesús es para que volvamos al interior.

En fin, Él sabe despertar la necesidad; lo logra con tan sólo mirarnos, mientras descubrimos en Él, al Hombre del Gran Espíritu que llega al interior con su Corazón y su Palabra.

Viene de un modo respetuoso, no molesta; y si molestase, Él no sería el motivo para hacerlo.

El regreso al interior es el deseo que por ciertas razones se posterga; es más bien, por el miedo de enfrentarse consigo mismo, aún por no dar la importancia de esa actitud ni presentir lo que significaría para la vida.

No todos ven la profunda relación entre el interior y lo que pasa por fuera, ni ven cómo el desorden exterior se refleja en el interior, ni presienten la expresión del espíritu. Por eso, el regreso al interior parece imposible y el hombre no sabe cómo hacerlo.

Jesús nos urge; nos acompaña, nos da su ternura y su paz, para enfrentar la realidad que suele ser compleja.

No es fácil verse ni aceptarse, ni esperar hasta que el Señor transforme la vida, en el camino que no sabemos hacer; por eso, tratamos de dejar todo para otro tiempo.

Pero algún día ya más apropiado, Jesús nos invita una vez más, a recorrer el sendero al espíritu; entonces lo hacemos, pero con Él.

¿Cómo es el diálogo con Jesús?

Se mantiene en el camino, y Él, compenetrado con la vida; es lo que le decimos, una vez, envuelto en silencio y, otras veces, como palabra que nos sorprende, en relación con la vida. Pues, lo que Él nos dice, repercute por dentro, aún pleno de amor, de paz; así, su Palabra llega a las entrañas de nuestro ser.

Él está en nuestra vida; por eso, el corazón se despierta, a pesar de la realidad que nos perturba, y de la oscuridad que entra en nosotros, y nos envuelve.

Su presencia entra en nuestro ser; ya no caminamos a la par, sino que Él está en la vida.

Dice Jesús: "si ustedes me aman, iremos y habitaremos".

¡Cómo no amarlo, si su paz y su ternura nos envuelven!

Presentimos quién es Él, en una vida amada por Él; pues Él despierta el Amor como respuesta al Amor.

Luego vendría lo demás; mientras tanto, la vida seguirá con sus transformaciones.

En algún momento, Jesús se transforma en la Presencia que resguardamos como un gran tesoro; y Él ya está en nuestro espíritu, Él es Vida; nos conformamos con estar y mirarnos; y no se necesitan palabras.

Y la oración es como el silencio que contempla a Jesús, en todo nuestro ser y en toda nuestra realidad.

Entonces, se presienten la luz, la paz y el amor.

La gran Presencia de Jesús nos envuelve, a la vez, llega a todas las debilidades.

Pues, Él penetra la vida, y ella sigue transformándose.

Nos quedamos para contemplarla y aún, dejamos al Señor sus tiempos y modos.

Su Presencia nos hace revivir; aún enfrenta la adversidad,

los vientos y tormentas; su Gran Vida se abre en nosotros.
¡Qué grande es ver lo que hace Jesús!
¿Y adónde nos llevaría?

En algún momento, Jesús nos permite ver cómo la vida se expresa en el interior, luego de resolver las crisis, aún más allá de lo que pensamos y programamos; pues entramos en armonía con el Señor, nos dejamos llevar por Él y expresar según Él.

Nos disponemos a su servicio en el mundo, y hacemos lo que debemos hacer; no obstante, con un nuevo espíritu, y Jesús nos sigue transformando.

Eso no significa que la vida esté libre de las luchas, que no haya más confusiones ni debilidades, ni penas; al caminar, las luchas son el pan de cada día, pero como está Jesús, son distintas; las tomamos con otro ánimo, las vemos con otro sentido. Como Él las pone en medio de su Proyecto, la vida se presenta aún más grande.

Si las cosas pasan, Jesús las enfrenta; y como la vida crece, nos queda contemplar la Obra del Señor.

c. A SOLAS Y COMUNITARIAMENTE

Los que oran en común, no pueden descuidar su oración particular; y los que oran a solas, no deben olvidarse de la oración en la comunidad; las dos llevan a la presencia del Señor en nuestro interior; las dos son válidas, si aseguran su Presencia. Pero, tanto a la oración comunitaria como a la personal, las debemos practicar con mucha frecuencia.

Los que experimentan la presencia de Jesús, la comparten con sus hermanos; les dan paz y ternura del Señor; de este modo, enriquecen a la comunidad; es abrirse a ella, con el bien del Señor que pasa por sus vidas.

Y los que aún no saben orar, en medio de las vivencias, se alimentan de los hermanos, más bien, de Jesús en sus vidas, hasta que Él se afiance en ellos.

Tanto en la oración personal como en la comunitaria, si es que vivenciamos al Señor, la vida se viene como corriente de su Presencia; Él llega como el aire, el fuego, el agua, en medio de una vida en sus manos; y si la compartimos con Él, Él está en lo que aún consideramos nuestro, que ya no nos pertenece.

La verdadera oración despierta un corazón inundado con el Señor, mientras Él pasa por todas partes, para llegar a toda la realidad. Es como el fuego y el agua que alcanzan a la vida; si la misma está compenetrada con el Señor, alcanza a los hermanos que están en comunión con nosotros.

Con frecuencia, empezamos por la parte exterior, por las oraciones aprendidas que resuenan en los labios y en la mente, en los sentimientos que aún se confunden, en el corazón que todavía no sabe vibrar, hasta que la vida se abra en el espíritu.

Es difícil promover la vida interiormente; si bien, el Señor espera el esfuerzo y lo bendice, el espíritu se despierta por la gracia que nos viene.

Las jaculatorias son una gran gracia; son las que intuyen la respuesta del interior y aún repetidas, vienen a promover al espíritu, a que empiece a vibrar según su impulso interior. Si tienen su propio ritmo, reconocen el tiempo del espíritu, para entrar en lo más profundo de nuestro ser, e intuir el verdadero fluir que viene del Señor.

Es bueno aún forzarnos para lograr la vivencia del Señor, al orar en medio de los hermanos; no obstante, la vivencia

nos viene del Señor.

Algún día, golpeamos la piedra, con fe, como Moisés; pero si comienza a manar el agua, es porque ya había estado; y si nos abrimos por la gracia del Señor, el cauce se llena; es que seguimos golpeando la piedra de la fuente de la Vida, que permanece en nosotros.

Las vivencias forzadas no se sostienen; luego se desgastan, nos dejan aún más confundidos; no son como el Señor las quiere; por eso, se transforman en charcos aislados y si el agua se pudre, es porque no hay renovación en ella.

En fin, hay quienes se apuran y sin el esfuerzo cotidiano, quieren llegar muy lejos.

La oración quiere sostener la presencia del Señor; no sólo para el tiempo de orar, pues la vida debe llenarse de Él, para fluir del Señor.

Nos cuesta creer que podemos llevar su presencia, con la mente atenta y con el corazón que vibra; y como muchos no lo creen, no saben cómo llegar; tampoco hay muchos maestros que lo enseñan.

No hay libros que lo enseñan, ni pueden serlo; son más bien, las vivencias que se transmiten.

Los que resguardan la presencia del Señor, saben enseñar e intuyen el tiempo, para poder transmitir a los que reciben la Gracia. Pues es un modo de orar que cada uno lo halla en sí mismo, por la gracia del Señor.

Los maestros de espiritualidad, a veces, tan sólo se limitan a enseñar cómo despertar el corazón, y que ése asuma al Señor; y luego, nos queda mirar su obra.

d. AL COMPARTIR ENTRE HERMANOS

La oración comunitaria supone compartir al Señor; es para enriquecernos en medio de los hermanos, de las vivencias que se unen de modo, como si el Señor fuese más grande aún; a esa sensación las guardan los que oran en común, al estar abiertos para poder recibir al Señor en sus corazones; y en fin, están dispuestos para ser su morada.

Es difícil poder experimentar al Señor en medio de la comunidad, si aún no lo vemos en nuestro corazón; pero la vivencia del Señor en medio de la comunidad, al llegar a nuestro interior, retoma el vuelo hacia los hermanos.

Muchos hermanos se inician en la Comunidad, antes de que intenten su oración particular; es que el sentido de ser solidarios les ayuda; de este modo, reciben de la riqueza del Señor, a veces, como si fuesen las migajas que caen de la mesa. La oración de los hermanos viene más bien como una antorcha que da luz, antes de que Jesús prenda en nuestro interior; es sostener la luz, cuando aún no tenemos raíces en la tierra del Señor; antes de que podamos buscar como por nuestra cuenta, el agua de la fuente.

Los niños empiezan a orar temprano, y se alimentan de sus padres. Por mucho tiempo, crecen por la luz que brota de los padres; y de este modo, el Señor se manifiesta en sus vidas. Luego podrían vivir como un trasplante y le cuesta prender; entonces, unos dejan de orar, como si la oración no prendiese en ellos, y otros comienzan en una tierra más espaciosa; pero hay que ayudarles en ese paso.

La comunidad brinda el apoyo y la protección, aún cuando no es perfecta; si muchos no se integran a ella, es porque no saben amarla como es.

La luz viene en medio de la oración, para hallar la claridad

ante la vida que es compleja; es la luz para verse y para saber mirar la comunidad.

Sólo la comunidad que ora, puede sostenerse; pero si no lo logra, unos se van y otros vuelven, y luego se van, pues no saben enfrentar la realidad de la misma.

El tiempo marca las diferencias, y algún día, le decimos adiós a la Comunidad; pero si de veras, buscamos la razón para poder distanciarnos, no la tenemos; pues sin orar, la comunidad se sostiene como por lo social, pero sin fundamentos divinos.

Entonces, hagamos todo lo posible, para que la oración sea fundamental en la vida comunitaria.

Lo mismo decimos de la familia; si hablamos del diálogo en medio de ella, es importante, aún, supone la búsqueda de la comprensión. No obstante, no se la logra sin el Señor que ilumina las mentes y los corazones.

La familia que no se halla en la oración, difícilmente llega a la paz y a las reconciliaciones que espera.

La vivencia del Señor en la comunidad, traspasa toda la realidad de la misma. Si su vida es transparente ante el Señor, en medio de la comunidad, la misma aún se prepara para el compromiso, que no es para cualquiera, y requiere el respeto, el amor y la comprensión; son los valores que permiten abrirnos ante el Señor y frente a los hermanos.

La fuerza de la oración comunitaria puede ser más grande que la de la oración particular; las sensaciones del espíritu pueden ser aún más sorprendentes, pues esta oración activa mucho movimiento; despierta las vivencias de toda nuestra vida. Entonces, el mismo Señor abre nuestro corazón ya despierto y la comunidad nos acompaña, si está a la altura de la comprensión que nos viene del Señor.

El Señor purifica a la comunidad y a aquellos que ya están dispuestos a recibir de Él. Nos libera de las culpas y de los resentimientos que han dejado sus huellas para separarnos, a la vez, nos da su comprensión que nos ayuda a unirnos más allá de las particularidades; y aún crea la vivencia de una verdadera unión en el Señor.

La unión se sostiene en Él, y no sólo en el tiempo de la oración, pues la gran fuerza de su presencia se expande y transforma las vidas en medio de la comunidad que asume los lazos del Señor y de los hermanos. Esta vivencia da un verdadero sentido a la comunidad, mientras que la misma percibe al Señor, Quien se brinda cada vez más.

Con el tiempo, la oración comunitaria nos moldea aún más; y vemos que se trata de una comunidad que resuelve muchas cosas por medio de la oración; aún vemos a los hermanos que se hallan y recuperan la fuerza para poder vivir; es que toda la comunidad percibe la influencia de la oración, al vivenciar al Señor que transforma la vida en común.

Es cierto que en esa comunidad que sigue expandiéndose, aún más crece la oración comunitaria. El Señor es cada vez más grande y su obra es evidente; se lo ve en la comunidad y en los hermanos, lo ve ella misma y los que están fuera de ella, pues es ver una comunidad, donde lo más claro es la Obra del Señor.

Aún, tratemos de la obra del Señor en una comunidad que está condicionada por la realidad, donde la vida podría ser como un filtro oscuro y confundirnos.

El corazón puro sabe mirar bien, a los hermanos; se alegra por lo que vive y, ante todo, ve la obra del Señor. Si es que comprende la debilidad, aún ve cómo Él la transforma. Ese corazón ve el crecimiento de la comunidad, no la juzga ni

juzga a los hermanos.

En fin, lo que busca la comunidad, es saber vivir como hermanos unidos en Jesús, nuestro Hermano mayor. Luego se abre la misión; y viene como un respiro, es como abrir los ojos; y tanto la comunidad como los hermanos van descubriendo lo que el Señor quiere de ellos, en la medida en que se consideran como una verdadera comunidad, pues se van encontrando con la obra del Señor en medio de sus vidas.

Y el llamado vendría, sería un segundo llamado, porque lo más urgente fue formar la comunidad de Jesús.

4. A PERDONAR SETENTA VECES SIETE

a. HAY UN CAMINO POR ABRIRSE

Jesús nos aconseja que no pongamos condiciones frente al perdón; que siempre habría que perdonar. No habla de un camino fácil ni que al perdón se lo logra rápidamente; no obstante, en todas las circunstancias debemos buscarlo.

Es como el pan cotidiano de los cristianos; es que siempre tenemos algo para perdonar; y al lograrlo, podemos crecer.

El perdón se hará como un hábito, para seguir creciendo. Valen la lucha y la atención para ver lo que se despierta en nosotros, al luchar por el perdón; también, vale el camino que recorremos; una vez confundidos, otras veces más atentos, para poder ver y orar.

Si bien, en el principio, tenemos todo en contra del perdón y las razones a favor, para quedarnos sin perdonar, después abandonamos la actitud que nos destruye, y empezamos a buscar cómo llegar al perdón, lo venos como la razón de la vida, para estar bien. Entonces, si nos invaden las dudas por no poder perdonar, tratamos de superar la ansiedad; es que debemos dedicarnos en paz, para lograr un buen fin.

¿Cuánto tiempo tardamos?; ¿quién lo sabrá decir?

Porque hay muchas cosas que, por ahora, no las vemos ni las presentimos, pero sí, están en un pleno movimiento.

Es como si alguien empezase a arreglar; antes le parecía que sólo debía cambiar una pieza; pero se encuentra con sorpresas que precisan más esfuerzo.

En fin, arregla todo; y no se arrepiente del tiempo gastado, de su trabajo ni del cansancio.

El tiempo nos hará ver la realidad muy afectada por la falta

del perdón y cómo la misma nos perjudica, porque hay una debilidad en nosotros; la vamos encontrando en la medida en que empezamos a prestar más atención a las vivencias, en un clima del Señor.

Las actitudes nos afectan muy profundo; y nuestro ser aún se pone indefenso, se permite agredir, quebrar; pero ahora, en lugar de preocuparnos por lo que viene de afuera, nos atendemos a nosotros mismos.

En cada perdón, es preocuparse más bien de sí mismo; es estar atentos por lo que nos duele y molesta; no es tan sólo decir que perdonamos, sino estar atentos, experimentar las vivencias del perdón; pues, hay muchas cosas en el interior que llevan su tiempo, y está bien que lo lleven.

Frecuentemente, cuando nos parece que el perdón llega a ser definitivo, podría ser un engaño más; es como con un yuyo que hemos arrancado; como tiene rebrotos, algún día, aparece y nos sorprende.

Creemos que hemos perdonado, pero si nos acercamos a la persona, todo se despierta y nos inquieta, y queremos huir; es la experiencia que debemos pasar una vez más, antes de que nos reconciliemos definitivamente, si es que hay algo definitivo en nuestra vida.

La tarea que empleamos para poder perdonar es, ante todo, la oración que busca al Señor para fortalecer al espíritu; hay que hallar las fuerzas para enfrentar la debilidad en las raíces, pues, con tan sólo analizar la realidad, no llegamos lejos, sino que nos confundimos en los pensamientos sin rumbo. Muchos de nosotros, aún antes de empezar a orar, hicimos el camino de muchas vueltas para hundirnos aún más; y nos quedamos así por algún tiempo más.

No vivimos en un ambiente que valora el perdón, sino que

más bien, lo cuestiona; y si habla del perdón, nos aconseja borrar la realidad que duele, que no la tomemos en cuenta, sin interiorizar el hecho con la comprensión que vendría del Señor, ni buscar la paz que nos permitiría mirarnos con respeto, para poder encontrarnos en medio de la realidad ya asumida por nosotros. No se vive el clima del perdón; y no lo digo para juzgar ni para reprochar, sino que ésa es nuestra visión.

Si logramos el perdón, así como el Señor lo quiere ver, sentimos un nuevo aire; al mismo tiempo, ayudamos a los hermanos con nuestro modo de ver y de hablar, plenos de paz y de comprensión. Es la fuerza que brota del perdón; es tan grande que golpea en los corazones.

Pero debemos darles su tiempo; ellos van a hacer su propio camino. Si es que, en el principio, ellos se alimentan con nuestro modo de ver y nuestra paz, con el tiempo, irán hallando su vivencia del Señor, la paz que brotaría en sus corazones, y su crecimiento en el camino para perdonar.

b. UNA TAREA QUE LLEVA HACIA LO MÁS PROFUNDO

Hablamos del perdón; y no tenemos en cuenta algún caso particular que debemos resolver en medio de la gracia del Señor, sino se trata más bien, del estado interior afectado en muchas partes. Pues la maldad penetra hasta los huesos de nuestro ser; ni siquiera nos imaginamos hasta qué punto estamos afectados interiormente.

Entonces, la comprensión del perdón nos llega para ver los matices, sombras, el desorden, en medio de los miedos, de las tristezas, confusiones, inseguridades y culpas.

A ese estado de sombras podemos ver, cuando nos toca la

gracia del Señor, Quien con su luz nos hace mirar nuestra realidad, y con su amor sana las heridas.

Frecuentemente, nos envolvemos en una especie de ciertos formalismos; creo que ya habíamos confesado las culpas pidiendo perdón, para cumplir con el deber.

Es verdad que la confesión es una gran gracia, mientras el Señor penetra la vida con la luz y la bondad; pero la gracia lleva su tiempo, porque el hombre lo necesita.

La confesión es un gran rayo de luz que penetra con mucha fuerza; luego, hay que acompañarle, pues está abierto el camino para seguir con las reconciliaciones.

A la penitencia la consideramos como una expiación, por el hecho de recibir el perdón; ella acompaña al Señor en su gracia, y lleva su tiempo hasta que logremos la plena paz, signo de verse perdonado.

La paz está en el impulso del perdón y luego, seguimos recibiéndola hasta que nos envuelva, para lograr la calma.

Al llegar a cierta paz, vemos la realidad que aún no está perdonada. Pero la paz nos da la sensación de la presencia del Señor; nos da la serenidad ante la realidad; empezamos a ver al Señor en la actitud, incluso en la misma debilidad que sigue sosteniéndose.

Esa paz es un buen clima para crecer en medio del perdón.

Si aún se sostienen los errores, es porque están en cierta relación con la realidad que no está perdonada; hay cierta conexión interior muy fuerte, que impulsa a las actitudes; y por eso, no nos entendemos en medio de las debilidades. La reconciliación, si quiere llegar a las raíces, no sólo toca lo de hoy, sino que llega al pasado; nos sirve para resolver cosas que están por detrás de cada perdón.

El perdón se presenta muy complejo por lo que significa la actitud conflictiva, en medio de un estado interior muy afectado; lleva mucho esfuerzo; sería, ante todo, el tiempo de orar, y el Señor nos permite ver toda la realidad, aún la confundida con el dolor, la pena y la tristeza; aún con las culpas que saltan a los ojos, y con los miedos que nos enceguecen. Nos queda entonces, seguir orando; pues la presencia del Señor enfrenta plenamente nuestra vida.

El Evangelio habla de una oración que es apreciada por los que buscan el perdón; es la plegaria: "Señor, ten piedad", que llega a lo más profundo de nuestro ser; en fin, es Jesús que alcanza las debilidades muy hondamente.

Esa oración podría ser como una jaculatoria que resuene en el interior, para despertarnos ante Jesús que nos hace ver la realidad; es de veras, una fuerza que nos transforma, cuando hay que sufrir las angustias y el dolor, hasta que Jesús nos pacifique.

Algún día, podremos sentir el dominio del Señor en medio de nuestras debilidades, al experimentar su luz, su fuerza y su vida, su libertad, su paz y su amor.

Jesús nos lleva a dominar el perdón; y digo dominar, pues siempre debemos luchar contra algún mal que intenta tocar el corazón. No obstante, ya aprendemos a recurrir a Jesús cuanto antes, y a buscar su gracia.

A esa gracia del perdón la tratamos de sembrar por todas partes; de este modo, podemos llevar a Jesús y Él, al estar en nosotros, desea llegar a los hermanos; lo hace con tanta fuerza que los confunde; y si bien, al principio, les da paz, pronto toca las guerras en su corazón.

c. ABRE LAS FUERZAS DE LA VIDA DESDE EL SEÑOR

Vamos tocando el aspecto personal del perdón y vemos su relación directa consigo mismo y con el Señor.

Es que el perdón lleva a la reconciliación, al encuentro con la vida, a la reconstrucción de la misma; y la vida hallada se proyecta según los principios grabados en lo más hondo del corazón; quien llega a la plena reconciliación, descubre su camino por donde le toca transitar.

Justamente, en la reconciliación está la fuerza para vivir; y la luz que empleábamos para destruirnos, se encamina a un verdadero crecimiento; aún nos damos cuenta de qué mal usábamos nuestra vida; vemos que la destrucción viene de los conflictos, en el camino de andar de mal en peor; y con sólo lograr la paz, la vida se proyecta diferente, los pasos no cansan, la realidad se pone alegre; es que la paz es el clima para la realización de cada persona

Sin ninguna duda, la reconciliación es una Gracia.

Quien no la ve, aún no llega a la Gracia; la ha buscado, la consigue, pero aún no es la que debe hallar, no es la hora.

Frecuentemente, aceptamos alguna reconciliación o más bien nos conformamos con alguna solución, quizás, la más fácil por el momento; como no es la que dura, buscaremos otras, porque la vida nos exige.

Al Señor lo buscamos de distintas maneras, a veces, como por la parte exterior, como cierta vivencia poco profunda; y ese Señor sería para estar en medio de nuestra realidad. Pero la vida nos lleva a las vivencias cada vez más hondas, y surge la necesidad de buscarlas; mientras que la realidad se nos escapa, buscamos cómo encontrarla; y se nos hace más difícil que juntar los papeles llevados por el viento.

Llega la hora para buscar al Señor en lo más profundo del corazón, casi independientemente de la realidad y aún más allá de la debilidad, pues, el Señor nos inspira a buscarlo.

Con frecuencia, nos pone al hermano a nuestro lado, quien nos contagia con su vivencia del Señor; y ya no nos queda otro camino que buscar al Señor; es que no nos quedamos tranquilos hasta hallarlo, como se logra obtener una perla o un tesoro que vale.

En fin, la vida comienza a girar alrededor del tesoro.

Jesús vino a prender el Fuego en los corazones; a despertar la Presencia, la Luz, la Vida, el Amor, la Paz y la Libertad, aún más allá de las oscuridades y esclavitudes.

¿Por dónde entró en la vida tan oscura y apagada?

No obstante, lo hizo para iniciar en nosotros, la Vida que vence la oscuridad, los miedos, culpas y tristezas.

¿Cuál es la actitud de Jesús frente a la debilidad, cómo es su modo de enfrentarla?

Las enfrenta en medio de las guerras que debemos pasar, No es un tiempo fácil; los que pasan por ese camino, casi no ven lo que les pasa, pero saben que Jesús ya está en su vida; por mucho tiempo, no comprenden lo que les ocurre hasta lograr la liberación, al poder vencer los miedos y la confusión; cuando estaban casi al borde de la destrucción, presentían que Alguien les sostenía; fue Jesús.

Me lo dijo una creyente que había encontrado a Jesús.

Mientras su vida se le complicaba, estaba llena de culpas, aún envuelta de tristezas, de angustias; entonces, le venían los días cuando ni siquiera podía orar; y tan sólo le nacía: Jesús, Jesús, para calmarla.

Las cosas volvían, pero llegó la hora de la paz; pero antes, Jesús debía enfrentar su corazón.

¡Cuántas esclavitudes se defienden por mucho tiempo! Antes, parecían salvaguardas, no obstante, nos destrozaban en el espíritu; si nos aferrábamos a ellas, es porque eran las que encontrábamos en el camino, mientras aún andábamos muy perdidos, sin rumbo.

Hoy, Jesús enfrenta todo en nosotros; y no habrá paz hasta que Él no nos calme, hasta que la última ansiedad no sea tocada por Él; entonces no será la misma, sino que estará transformada por la gracia.

En el perdón ya está la gracia para transformarnos; pues el Señor no sólo nos sana, sino que pone a la vida en medio de un cambio aún más grande.

¿Y dónde están los hermanos?; son como el espejo ante la vida, donde se refleja la gracia; si de veras, la vivimos, se refleja en los hermanos; es porque el perdón que viene del corazón, se reflejará en ellos.

En los rostros de los hermanos vemos hasta qué punto el perdón nos promueve en nuestro interior, al poder sentir el movimiento del corazón, aún envuelto en paz y amor; pues la gracia del Señor cultivada desde hace tiempo, se les abre y ellos descubren la fuerza del perdón, ya transformada en una vida que llega a los corazones.

Los hermanos se asombrarán de la obra del Señor.

d. HAY QUE ORAR PARA PERDONAR

Si deseamos reconciliarnos con los hermanos, empecemos a orar por nosotros y por ellos; de este modo, el Señor nos prepara.

Mientras tanto, la vida recibe luz, y se llena de paz y de comprensión que vienen del Señor para el reencuentro; es que no sólo debemos buscar luz para comprendernos, sino

que encontramos la fuerza para perdonarnos y crecer como hermanos delante del Señor.

La oración crea el espacio para poder mirar desde el Señor, no desde los hombres; por eso, la actitud es diferente, a la vez, llega la luz para poder aceptarnos.

La oración nos abre de veras; pues al mirar con el corazón, es otra mirada; es ver más allá de la actitud.

Si el Señor está presente, Él impulsa una nueva visión y los sentimientos de bien.

Dicen los que ven que, al comprender a la persona que nos ofende, no nos queda nada que perdonarle; pero antes, aún debemos lograr comprendernos, para poder perdonar a los hermanos; y si la comprensión nos viene del Señor, es para las dos, mientras pasa por nuestro corazón; de este modo crecemos.

¿Cuánto tiempo nos lleva para comprender al hermano?

Ese tiempo necesitamos para nosotros, para poder asumir a al hermano, cuando la luz del Señor llega a los corazones.

¡Qué grande es ver toda la realidad con el Señor, más allá de la actitud cometida! Pues, esa mirada nos conduce a las reconciliaciones, nos trae luz para ver los cambios; en ella, están la fortaleza y la seguridad, nos vienen del Señor.

En la vida reconciliada no hay tristeza ni miedo, ni dolor, ni vergüenza; si la vida está pacificada, descubre el sentido de lo que habíamos pasado, aún, el camino para crecer en medio del perdón; mientras tanto, encuentra a la Vida del Señor que se despierta en medio de las guerras.

Es un camino que lleva entre las guerras y la oración; pero ya somos testigos de otra vida; aún tenemos la fuerza para hablar del perdón, la sabemos transmitir a los hermanos y ellos, si no nos comprenden, nos escuchan con asombro.

Al poder hablar del perdón, es una gracia que hace bien a los hermanos; y como testigos del perdón, debemos hablar de la obra de Jesús. Lo real es que, al poder comprender a los hermanos, les perdonamos de corazón; es el Señor que nos pone en su lugar, no en el mundo que juzga y castiga.

Si el hermano percibe que no lo juzgamos, si lo aceptamos sin reproches, eso es muy grande; mientras recibe paz que lo envuelve, y un amor puro, empieza a sentir lo diferente en su corazón, y se abre frente a su vida. De esta manera, el Señor lo prepara para que asuma su debilidad, que no se juzgue más ni se condene.

Algún día, se comprenderá mejor, verá el sentido de lo que lleva su vida; y por hoy, mientras él pasa por las guerras, el Señor transforma su mente, su corazón y todo.

El hermano va a llegar a una oración que aún promueva su corazón, y que siembre luz en su interior; es que aún debe resguardar al Señor, llevar su presencia, su visión y sus sentimientos.

El hermano empieza a mirar el pasado con gratitud, pues se hace causa de la gracia que le llega; ya sabe recordar el pasado con gratitud, sin miedo; no le molesta ver su vida ni lo avergüenza; a la vez, contempla la vida que crece.

El perdón que percibimos, se abre a los hermanos; y ellos lo reciben aún sin darse cuenta; es que el Señor lleva su gracia en las vidas, mientras cambia los corazones.

Si oramos por los hermanos, la gracia llega más aún; de esta manera, les ayudamos a hacer sus pasos, hasta que sus corazones tengan la necesidad de buscar al Señor.

La Familia y la Comunidad son los ambientes, en donde el perdón está sembrado; entonces, ¡qué distinta será la vida,

cuando nos perdonemos, al recibir la gracia del Señor! Pienso en las familias que podrían ser felices si supiesen perdonarse; y no lo hacen porque no se comprenden, y por eso, no aceptan el perdón.

La vida les lleva lejos y se les hace difícil; no obstante, es necesario perdonarse, a pesar de que son pocos los que creen en la reconciliación; pero ésa no viene por el camino de reproches ni de juicios, sino el de la comprensión.

Y lo mismo en la Comunidad cristiana.

Jesús dijo: "perdónales porque no saben lo que hacen", en un gesto de la máxima comprensión, luego de sufrir y orar; y fue una señal de la libertad, porque Él está más allá de la maldad, de las razones del hombre.

Hasta aquí vengo, Señor; comienzo a ver qué es el perdón, y qué podría ser esta gracia de Jesús en mi vida.

Si logro decir y sentir lo que Él hizo, es porque la gracia del perdón es muy grande en mí.

PREFACIO	3
1. A VIVIR SEGÚN EL EVANGELIO	5
a. el Evangelio y la Vida	5
b. la libertad interior	7
c. a la luz del Señor	9
d. Él es la raíz de la Vida	10
2. LA CORRECCIÓN FRATERNA	13
a. Jesús me pide	13
b. una mirada profunda	16
c. desde mi vida comprendida	18
d. con la paz y la ternura que vienen de Jesús	22
3. LA ORACIÓN EN COMÚN	27
a. la Palabra que nace	27
b. un hilo que nos une	29
c. a solas y comunitariamente	32
d. al compartir entre hermanos	35
4. A PERDONAR SETENTA VECES SIETE	39
a. hay un camino por abrirse	39
b. una tarea que lleva hacia lo más profundo	41
c. abre las fuerzas de la Vida desde el Señor	44
d. hay que orar para perdonar	46

